

LAS PANTALLAS

Sería muy cómodo para el Gobierno y para la Prensa ministerial que perdurase el estado de cosas traido por las circunstancias, y que los ministros y los periódicos continuasen, vegetando los unos y regodeándose en su satisfacción los segundos, en la discretísima y apacible penumbra que se han procurado mediante unas cuantas y excelentes pantallas. No ha habido, desde hace mucho tiempo, situación política a la cual hayan favorecido los sucesos como a esta situación conservadora: conflicto de Marruecos, y con el conflicto las frustradas tentativas bélicas de los periódicos que más suelen combatir a los Gobiernos cuando no hay cosa mejor en que emplear las plumas; captura de los Humbert, y con la captura el monopolio de la Prensa ejercido por la actualidad judicial; muerte de Sagasta, y con ella el obligado parentesis, apenas cerrado todavía. Y para que las bienandanzas de los gobernantes sean completas, y mayores las desdichas de los caídos, en vez de merecer éstos la tregua piadosa que se ha otorgado siempre a los vencidos de la política, siguen hostilizados con furia, enfocados en plena luz por las pasiones, más combatidos que cuando gobiernan y más desdichados que cuando disponen de la Gaceta.—Así viven los conservadores desde el día 5 de Diciembre, y así se explica fácilmente que no quieren renunciar de buen grado a una posición que va constituyendo un verdadero juego de ventaja.

A las primeras indecisas protestas originadas por la peculiarísima sinceridad electoral de los Sres. Silveira y Maura, replicó malhumorada *La Epoca*, resistiéndose a despojar del más delicioso de los sueños. Sin duda el colega pensaría que era mucho mejor seguir hablando de las divisiones de los liberales y de los hados protectores del canalejismo.

Pero ya no es sólo la cuestión electoral, en la que se puede invocar la intemperancia de los candidatos y defender la actitud de los ministros con relativa facilidad; la respuesta despectiva y agria se viene también a los puntos de la pluma de la Prensa conservadora en cuanto se le recuerda que sus amigos, por una consecuencia inevitable del triunfo, han recogido con el poder la responsabilidad de ciertos problemas que no pueden resolverse por el habilísimo procedimiento de negarlos.

Eso hace, sin embargo, *La Epoca* con el problema religioso. No hay tal problema, ni siquiera reduciéndolo a más modesta categoría o limitándolo a la pendiente negociación con Roma. Es muy posible que ahora resulte—no lo he faltado mucho al Sr. Abarzuza para declararlo—que ni siquiera ha habido semejante negociación, y que no existe hoy en el Vaticano ni un solo documento que se refiera a tal asunto.

La Epoca podrá decir lo que se le antoje; pero en vez de entretenerse en comentar los párrafos que el Sr. Montero Ríos dedica en el Manifiesto-programa al examen de esta cuestión, y en lugar de analizar las discrepancias de criterio entre los ex ministros liberales, al fin alojados hoy del poder, haría una buena obra tratando de averiguar si llegaron ya a una fórmula común, que concilie la disparidad de sus opiniones, los Sres. Silveira, Maura y Villaverde.

Esto es lo que importa, porque suponemos que un periódico tan discreto no persistirá en la simple negativa, cuando tanta diligencia y priesa tan notable puso el Sr. Villaverde en incluir el problema en su programa, y claro está que al incluirlo lo reconoció, a raíz de aquella crisis en que fué honrado por la confianza de la Corona.

Algo más que agitación ficticia y revuelta callojera debió ver el Sr. Villaverde en aquel movimiento de opinión reclusa ante los avances de la mano muerta, cuando allí donde la libertad al país y la Monarquía imponen la verdad, declaró excesivo y anormal el crecimiento de las Ordenes religiosas. Y al declararlo, en ocasión en que el Poder podía pasar a sus manos, es lógico suponer que no se limitaba el Sr. Villaverde a una afirmación platónica, sino que en su declaración iba envuelto el propósito de corregir y remediar un hecho que juzgaba probado y pernicioso. Pues nada de esto pasa un adamo en la balanza de *La Epoca*. Ese problema que de tal modo preocupó al Sr. Villaverde, no merece, en las columnas del colega, más que cuatro donosos burlescos, y mientras su respetable correligionario meditaba soluciones, *La Epoca* sale del paso diciéndonos que toda la supuesta cuestión se reduce a intentar la repisa de una farsa que probablemente va a ser acogida con silbidos.

Comprendemos la repugnancia de los conservadores a tratar del problema religioso. Entre Silveira y Villaverde, aun siendo el criterio distinto, quizá pudiera llegarse a un acuerdo. Poco después de hacerse públicas las declaraciones del segundo, las atenuó, pasó por ellas la patina del Sr. Silveira; pero la presencia del Sr. Maura en el Gabinete hace de esta cuestión un arma peligrosa. El criterio de Maura es todavía más restrictivo que el del marqués del Vadillo. En tanto que Villaverde asegura que le alarma el crecimiento de las Ordenes religiosas, Maura proclama que todas ellas, no las tres que se determinan, están comprendidas en el Concordato, y que, en nombre del verdadero sentido liberal, no se les puede oponer ni un solo veto ni una sola restricción, ni para asociarse, ni para adquirir, ni para enseñar.

Después de todo, *La Epoca*, al adoptar la actitud que marca su último artículo, no hace más que prevenir un grave peligro para su partido; pero no basta la habilidad cuando las cuestiones se imponen, y ésta es de aquellas que no podrán esquivarse, ni siquiera soslayarse, dentro de la política que se lea la pantalla, la opinión será muy pronto en la cuenta de que hay un partido en el Poder y de que es

preciso volver hacia él los ojos y la crítica, en vez de amargar y estorbar los esfuerzos de los que luchan en la oposición por ser útiles mañana a la Patria y a la Monarquía.

Y no creíamos—para terminar—que fíamos a ser nosotros los que, secundando la iniciativa de un popular colega, demandáramos del Gobierno soluciones en la cuestión religiosa. Las excitaciones de *El Imparcial*, más que a los actuales gobernantes parecen dirigidas a otros elementos cuyas alarmas eran diarias cuando gobernaban los liberales, y cuya pasividad silenciosa es, en realidad, extraña ahora que nos encontramos frente a frente con el casi ultramontanismo de Maura.

Afin nos parece contemplar el magnífico gesto del actual ministro de la Gobernación cuando, replicando con soberana elocuencia al Sr. Canalejas, hablaba de ceñir la armadura y calar la visera para reñir batalla sin cuartel.

A través del mundo

En Nicaragua existe una planta que por las singulares propiedades electro-magnéticas que la distinguen, recibe el nombre de *filotaria eléctrica*. Cuando se corta una de sus ramas, experimenta la mano una sacudida como pudiera producir la bobina de Ruhmkorff. Colocada una brújula a cinco o seis metros, se aprecia muy bien la influencia magnética de la planta sobre el aparato. Este fenómeno es más o menos marcado, según las horas en que se hace el experimento. Por la noche la acción es casi nula; llega a su máximo a las dos de la tarde, aumenta en los días de tempestad, y si luego desaparece toda manifestación eléctrica y la planta se marchita.

La cantidad de agua que el Mississippi vierte cada año en el mar es de 14.533.390.880 pies cúbicos, y la cantidad de sedimento que deposita en el mismo período de tiempo es de millones 18.188.583.392.

La superficie del delta del río es de 13.000 millas cuadradas y su profundidad es de 1.056 pies. Según todas estas cifras, el delta comprende 400.378.420.440.000 pies cúbicos, siendo necesario la formación de una milla cúbica del delta un período de diez años y ochenta y un días, y para la formación del delta entero, 14.028 años.

En Londres se han conforado unos cuantos amigos para fundar un Círculo al que no pueda pertenecer ninguna persona decente. Para ser admitido en el seno de la nueva Sociedad deberá acreditarse:

- 1.º Haber sido recogido en estado de embriaguez más de siete veces por la policía.
 - 2.º Haber jugado su fortuna.
 - 3.º Tener oficio ni beneficio.
 - 4.º No estar casado o tener abandonada a la mujer.
 - 5.º Haber tenido por lo menos siete desafíos.
 - 6.º No tener ideas políticas ni religiosas.
 - 7.º Pertener a la aristocracia de Londres.
- Estos siete mandamientos se encierran en dos seras perlas y vanagloriarse de ello. Siete mandamientos, siete horracheras, siete desafíos. Alfonso el Sabio puede estar orgulloso de este nuevo encarecimiento de su número favorito.

Nadie dudará, sin embargo, que la fundación de que damos cuenta será lo que se llama un *Círculo... vicioso*.

En Weimar, Munich, Elberfeld y algunas otras ciudades de Alemania, están instaladas en las plazas públicas las llamadas pirámides de instrucción.

En los diversos lados de las mismas están indicadas la elevación del nivel sobre el nivel del mar, la cifra de población, la diferencia que existe para la hora de la localidad y las de Viena, París, Londres, Nueva York, etc., encontrándose también un reloj, un barómetro, un termómetro, una rosa de los vientos y datos estadísticos.

El loco que hace algunos días penetró violentamente en el Palacio de Atenas, intentando llegar hasta la sala del Trono, para instalarse en él y «tomar posesión de su dignidad imperial», es ya objeto, por obra de las habladurías populares, de una serie infinita de leyendas.

Con tales datos no es extraño que haya sido imposible identificar su personalidad. Sus mismos parientes están en duda de si aquel es su hijo.

Sumando los años que, según unos, ha sido carpintero, y según otros, vendedor ambulante, pescador, soldado, tabernero, maquinista, etcétera, resultaría tener más de ciento cincuenta años, siendo así que sólo cuenta unos veintiocho o veintinueve.

EL FINAL DE UN DRAMA

SON COSAS DEL QUERER, DON SEBASTIÁN

Si, son cosas del querer las que han dado motivo al escándalo. Porque el amor—dicho sea sin ofensa por el Sr. Giron—es una gaita difícil de templanza.

Y es cosa averiguada también que los Príncipes de todos los países, como la gente del pueblo, tienen su corazón ciego.

Pero si la Princesa real de Sajonia fuere la señorita Perinina, por ejemplo, y su esposo el señor Manuel, y su amante el *Chirris*, ¿cuánta tinta se habría gastado a estas horas en chuchufetas de dudoso gusto. Verdad que el *Chirris* y el señor Manuel, puestos en el tranco de Giron y del Príncipe, hubieran comenzado el pleito a toras y lo habrían concluido a navajazos.

Lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que los señores de Sajonia estén en el deber de dimitir sus asuntos íntimos en esa forma. No; la filosofía debe penetrar en todos los cerebros.

Mas cuando un hombre se arranca el capelo, *mordido*, por lo demás, *señor* *ladrón*, parece un poco extraño que se tome la determinación antinatural hoy por telegrama.

Consiste—y ustedes perdonarán que nos sorriamos una *mitiga*—en los extremos siguientes: Andrés Giron y la Princesa continuarán siendo vigilados hasta que ella dé a luz, que será en Mayo.

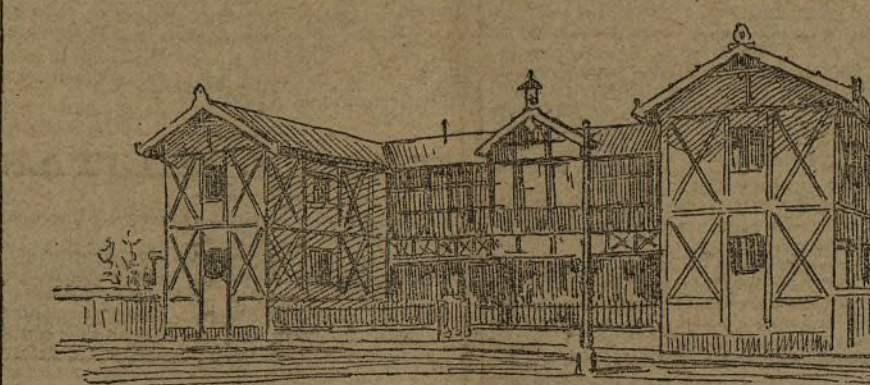
El Príncipe heredero de Sajonia reclamará entonces al recién nacido. Si quien se divorcia a la entrega, se incorpore contra el proceso por adulterio.

Y nada más. Pero fíjese usted, lector, que lo roban a usted algo que vale mucho menos que la mujer: una levita. ¡Reclamarla usted las mangas únicamente!

Porque algo semejante parece la determinación de los señores que intervienen en el asunto escandaloso de los Príncipes.

La verdad es que para llegar a este desenlace no valía la pena de montar la obra con tanto aparato. Hecha entre bastidores hubieran quedado mejor los actores, el apuntador y los tramoyistas.

LOS HIJOS DE LAS LAVANDERAS



UNA VISITA AL ASILO.

HABLANDO CON LA SUPERIORA.—LA REINA Y LAS LAVANDERAS.—EL CASTIGO DE UN REY.—LAS HERMANAS Y LOS NIÑOS.—LA REINA CRISTINA.—COMIENDO LA MISERIA.—ESTUDIOS Y JUEGOS.—CÓMO FUNCIONA EL ASILO.

El día en que por primera vez en el año actual verificóse en el Asilo de los hijos de las lavanderas el reparto de comida a los pobres que desde 1890 viene costeando todos los inviernos S. M. la Reina doña María Cristina; después de presenciar aquel caritativo acto, del que oportunamente dimos cuenta a nuestros lectores, formamos el propósito de volver con más tiempo para visitar detenidamente el Asilo, suponiendo que el simpático fin para que fué creado y que tan admirablemente cumple, el de par albergue, alimento y educación a los hijos de esas infelices mujeres que ejerciendo su rudo oficio no pueden conseguir a sus hijos los cuidados que la niñez reclama y la maternidad exige, había de dar motivo a una información interesante.

Es además, de todas las instituciones benéficas, la menos conocida: la que por tener protectores que con mayor interés cuidan de ella, funciona con mayor regularidad y desahogo, sin los apuros que demandan auxilios inmediatos y exigen la atención constante de la Prensa para hacer llamamientos a la caridad particular, ya que la frágil memoria de aquellos centros oficiales de cuyo cuidado dependen, sufre tan frecuentes como lamentables olvidos.

De aquella casita rústica del paseo de San Vicente, donde se alberga un verdadero enjambre de chiquillos, nadie se ocupa más que sus protectores, las hermanas que lo gobiernan y las madres que reciben el beneficio de su existencia; ni precisa de apremiantes demandas a la filantropía, ni de toques de atención a las autoridades, que de vez en cuando



háganla objeto de la preocupación general, pero no por esto deja de merecer interés; antes al contrario, al atractivo que por sí ofrece cuanto se refiere a la infancia, hay que añadir en este caso el que le presta el natural olvido en que vive y que le da carácter de una cosa nueva, casi desconocida para la generalidad del público.

El mismo aspecto alegre de coquetón *chalel* que ofrece el exterior del edificio, con sus numerosas ventanas y su microscópico jardín ante el pórtico cuadrado, manifiesta las flores, macetas, nótase al pasar el dintel y encóstrase dentro del recinto.

El despacho en que se reciben las visitas, y en el que trabajaba la superiora cuando entraron nosotros, recuerda por el perfecto orden y la pulcritud que reina en él, esas viviendas a la antigua en que las sillas enfundadas, la caba relicuente de las consolas, el limpio cristal de los fanales que con recuerdos de familia, los cuadros que adornan las paredes, y en los que la mano experta de un grabador reprodujo escenas religiosas que inmortalizaron en el lienzo ilustres artistas, tráenos a la memoria el recuerdo de los hogares santos de nuestros padres.

—Podría usted preguntarnos el origen de esta fundación?—preguntó a son Rito, la superiora del Asilo, que a la amabilidad característica en la noble hermandad a que pertenece una inteligencia superior de que está dotada y la distinción propia de los que fueron esmeradamente educados.

—Sin duda—respondió sonriendo con la bondad que imprime a semejante una expresión manosa de afectuosa dulzura.—Como que yo asistí al acto de la inauguración.

Y como advirtiera nuestro asombro. —No se sorprenda usted—añadió con el mismo aire sonriente.—Hace cuarenta años que pertenezco a la Orden. Ingresé a los quince, y nueve después vine con otras tres hermanas a encargarme del cuidado de estas criaturas.

—¿Cuánto tiempo hace que fundó el Asilo?—Treinta y un años. El día 13 de Enero de 1872. La Reina María Victoria, cuyos caritativos sentimientos no se satisfacían nunca, antes al contrario, parecían ir en aumento a medida que realizaba más actos benéficos, acordó fundar a los pobres personas.

ganar el sustento de los suyos, no podían atender al cuidado de sus hijos con el interés merecido. Sus visitas a los barrios humildes eran frecuentes, y al hacer una de éstas por los Puertos de Toledo, excitó su interés el pinto grupo que ofrecían las lavanderas que en las orillas del Manzanares se dedicaban a su rudo trabajo. Como los pobres constituyen su preocupación constante, ocurrióle inmediatamente que aquellas infelices mujeres que dedicaban el día a lavar la ropa para que reclamaban los deberes de la maternidad, y confirmada su creencia mediante los informes que adquirió por sí misma, surgió en su ánimo el propósito a que debe su existencia el Asilo.

Cuando visitó por primera vez la casa recién construida, no se mostró muy satisfecha. Desaba un edificio más amplio, y mejor acondicionado; pero aceptó provisionalmente el que se había hecho, para no demorar el comienzo de su obra caritativa, resolviendo para subsanar el inconveniente construir otros dos, uno en el Puente de Toledo y otro en San Antonio de la Florida.

Un año más tarde, cuando aquella virtuosa Reina impidió que se completara su hermosa pensamiento, confirmando la preocupación que tantas veces había manifestado de que tenía morir sin haber podido hacer todas las obras de caridad que deseaba.

Su esposo, el Rey D. Amadeo, soñó frecuentar esta casa—continuó diciéndonos la superiora,—y a este propósito recuerdo un hecho interesante. Un día vino sin el Príncipe, que lo acompañaba siempre, y como yo, conociendo el interés que éste mostraba por los niños, con quienes solía jugar, encontrando en ello una de sus débiles versiones favoritas, preguntara al Rey si estaba enfermo, contestóme el Monarca:

—No, señora; lo he castigado, sabiendo que no venir aquí una de las cosas que más le contrariaban. ¿Por qué le ha impuesto yo, a usted, este castigo, si no es indiscreción?



DE LA CUAL NOS PARECÍA INDISCRETO HACER PRESUNTES ANIMOS.

—¿Podría usted decirnos a qué obedeció el que todas las hermanas que cuidan de los niños sean tan jóvenes?

Acentuóme la sonrisa en el rostro de la superiora, y respondió: —Porque para besar con las criaturas se necesita mucha paciencia; y aunque esta cualidad no sea patrimonio exclusivo de la juventud, es lógico que se posea en mayor proporción cuantos años se tienen.

Al dejar el Asilo, asomámonos al pretil del puente. Abajo, en las orillas del Manzanares, las lavanderas, arrojadas ante sus faenas, metiendo los desnudos brazos en el agua del río. Un aire sutil que cortaba el rostro hacía la blanca ropa en los tendedores. No obstante, las mujeres parecían alegres. Sus agudas, sus canciones, su griterío, llegaba hasta nosotros.

A pesar del penoso trabajo son dichosas, porque saben que allá arriba, en la casita que ven desde su banca, a cubierto del frío y libre de los accidentes a que pudiera dar ocasión el inevitable abandono, cuidados por las hermanas mucho mejor de lo que podrían estar por ellas mismas, están sus hijos, que, con la salud y la alegría de sus semblantes, con las caricias y los besos, han de compensar de todas sus fatigas y de todas sus pesadumbres.

E. CONTRERAS Y CAMARGO
Dibujos de Nissure.

LECTURAS PARA LA MUJER

MISCELANEA DE LOS JUEVES

Una noticia bien extraña vamos a dar hoy a nuestras lectoras. Los juegos de azar tienen cada día más partidarios, quizá porque son tan perseguidos, y en Madrid se va a hacer una lotería en la que entran en suerte ochenta y tres jóvenes.

La idea es muy ingeniosa; lo mismo que se hacen concursos de belleza, se las juega a la lotería. El premio de los billetes es diez liras, y con su importe se constituyen los dotes.

Al primer premio le corresponde de dote un millón; para ganar un millón y una libra, muchacha, los hombres arriesgan fácilmente las diez liras.

El que gana no está obligado a casarse; pero entonces tiene que partir el dote con la joven. Si se casa, él tiene toda la fortuna.

Un nuevo periódico dirigido por mujeres acaba de aparecer en Atenas. Se intitula *La Revolucion* y viene a defender la causa del feminismo en el verdadero concepto de la palabra.

Su misión consiste en mejorar la vida moral y material de la mujer, señalarle los deberes y darle conciencia de sus derechos. La iniciativa es hermosa y no dudo que tendrá los mejores resultados.

La directora del periódico, madame Antoinette Botassi, es una mujer de gran mérito, dotada de una voluntad enérgica para llevar a cabo su obra. París es la ciudad que marcha al frente del movimiento feminista de Occidente, y parece que Atenas, la antigua y encantadora ciudad que fué cuna del arte, se pone al frente del feminismo oriental. Son la ciudad de ayer y la ciudad de hoy, unidas por el lazo de una aspiración común, marchando hacia la conquista de lo porvenir.

En España hay una dama que consagra su talento y actividad a la causa feminista, y a la que podemos pasar en silencio al tratar de estas cuestiones: doña Concepción Jimeno de Flaquer. Esta notable escritora ha empezado a publicar en *El Album Ibero-Americano* una interesante galería de americanas residentes en España.

La primera de la serie ha sido la de la marquesa de Argüelles, notabilísima por la filigrana de lenguaje con que está escrita, y porque en ella se cultiva un género nuevo en nuestra patria.

No se trata de una sencilla biografía; es un precioso bosquejo psicológico. Desde que el gran crítico inglés Taine dió tan notable impulso a los trabajos y estudios psicológicos, éstos han alcanzado un verdadero éxito. En Francia, Saint-Beuve ha cultivado este género, que nos alegramos introduzca de un modo tan bello en nuestra literatura la elegante escritura.

En la última de las sesiones que celebra anualmente la venerable Academia Francesa se mostró muy galante con las damas. Henry Houssaye ha rendido un sincero homenaje a las virtudes de mademoiselle Desbat, la fundadora, directora y asistente del Asilo de Venissieux para enfermos incurables, y a mademoiselle Jeanne Schneider, una ciega que ha dirigido ella misma una Escuela de ciegos y ha llegado a fundar hasta diez de éstas.

El discurso del eminente académico fué un verdadero panegírico de la mujer. En el dominio de la literatura el triunfo ha sido tan grande como en el de la caridad, y madame la condesa de Noailles fué elogiada como merece por Gaston Boissier, que exclamó: «Nosotros hemos sido conquistados, como todo el mundo, por su lirismo espontáneo, su imaginación ardiente y creadora, su sensualismo ingenioso, sus transportes de admiración ante la naturaleza y su desbordamiento de vida; quisiéramos poner una corona sobre su encantadora frente».

Es el verdadero triunfo de la mujer en la Academia Francesa. Un espectáculo extraño y nuevo se nos prepara para el año de 1904.

Vemos una joven de veintidós años al frente de la más formidable máquina de destrucción que existe en el mundo. Esta joven es mademoiselle Krupp, la hija mayor del que fué rey de los cañones.

Así lo ha decidido en su testamento Mr. Krupp, y no se puede contrariar sus órdenes. COLUMBIANA

VIVOS Y FUERTES

Al llegar anoche los socios del Círculo liberal al Palacio de La Equitativa, donde iba a efectuarse la inauguración del nuevo centro, llevaban en su espíritu algunas de las dudas sembradas por campañas recientes de la Prensa. ¿Sería posible la conciliación entre los elementos que viven sobre los amplios cimientos del partido? ¿Aparecerían entre ellos las mismas diferencias que se ha querido ahondar cuando se hablaba de los hombres que viven en sus cuspides?

Produjo desde luego buena impresión la rapidez segura con que hubo de procederse al nombramiento de los cargos directivos. La reunión comenzó a caldearse cuando el señor conde de Romanones evocaba con fibra y cólera el recuerdo de la desigual lucha que libraron a Sagasta moribundo y hombres llenos de vida, que, cegados por el apetito del Poder, no vacilaron en hacer de la anclanidad y de los achaques del muerto la base principal de sus argumentos, y cuando aseguraba que el de anoche era el primero de una serie de actos cuyo objeto era devolver, en lo posible, a los que acortaron los últimos días del jefe liberal, el daño cometido.

La buena impresión fué en aumento con las palabras breves, pero firmes, del marqués de la Vega de Armijo; con el recuerdo del abolicionista revolucionario del partido que hizo el Sr. Salvador; con el del Sr. Villaverde relativo a que el liberalismo inglés, para ocupar la historia de dos siglos, no ha necesitado otro programa que el de paz, economía y reformas; y con las frases del Sr. Suárez Inclán en que evocaba deseos manifestados por el Sr. Sagasta en los últimos días de su vida, relativos a que una vez aseguradas en España las libertades revolucionarias, el partido liberal iba a continuar su obra preocupándose casi exclusivamente del fomento de la riqueza pública, ya organizando los impuestos en forma que no entorpecieran su desarrollo, ya reforzando la enseñanza de manera que sirvan a la producción las generaciones que se malogran en profesiones burocráticas.

Pero, sobre todo, el sentimiento de la unidad y cohesión del partido. Negó a su plenitud al ver que el Sr. Aguilera cedía galantemente a la juventud enérgica del señor conde de Romanones la dirección de las fuerzas electorales madrileñas.

No hubo en la reunión vacilaciones ni respecto del jefe, ni del programa, ni de la organización, ni de la conducta. ¿Defecto? Tendrá la jefatura el que la gana por sus méritos, si a ello hubiere lugar. ¿Programa? El sentido liberal, en perenne adaptación a los requerimientos de la opinión pública, sin doctrinarios ni radicalismos que dificulten esta adaptación. ¿Organización? La misma que el partido liberal tenía al ocurrir la muerte del Sr. Sagasta. ¿Conducta? La incesante comunicación entre los primates y la masa general del partido; la lucha y la propaganda continuas hasta reconquista confianza del país.

Dice bien *El Imparcial* cuando asegura que: «sin prepararlo, resultó este acto el de más importancia que los liberales han realizado desde la muerte del Sr. Sagasta». Se había dado por muerto al partido. A la declaración de muerte ha respondido creando nuevos centros. Se había dicho que sus prohombres eran incapaces de concertarse para una acción común. Contestaron hablando varios de ellos en perfecta unanimidad de pensamiento. Se había insinuado la idea de que nada podía resucitar los antiguos bríos liberales. A la insinuación se respondió con aplausos y aclamaciones que reverdecían añosos entusiasmos.

Hay ya organización, programa y plan de conducta. El acto de anoche es además signo de fuerza, que en las próximas elecciones quedará suficientemente evidenciado. ¿Qué falta ahora?

Por evolución universal en las costumbres, el gobierno de los pueblos se va convirtiendo en función técnica. No basta al buen político de los tiempos presentes saber levantar los entusiasmos del auditorio en un momento dado, sino que ha de llevar a los espíritus reflexivos el convencimiento de su competencia administrativa. Esta es la labor que han de realizar los liberales en las próximas Cortes, distribuyéndose el trabajo de crítica a que han de consagrarse. Anoche dieron patente prueba de su vitalidad; pero si realizan esta obra, llevarán al país por añadidura la persuasión de su necesidad.

Hay ya organización, programa y plan de conducta. El acto de anoche es además signo de fuerza, que en las próximas elecciones quedará suficientemente evidenciado. ¿Qué falta ahora?

Por evolución universal en las costumbres, el gobierno de los pueblos se va convirtiendo en función técnica. No basta al buen político de los tiempos presentes saber levantar los entusiasmos del auditorio en un momento dado, sino que ha de llevar a los espíritus reflexivos el convencimiento de su competencia administrativa. Esta es la labor que han de realizar los liberales en las próximas Cortes, distribuyéndose el trabajo de crítica a que han de consagrarse. Anoche dieron patente prueba de su vitalidad; pero si realizan esta obra, llevarán al país por añadidura la persuasión de su necesidad.

Hay ya organización, programa y plan de conducta. El acto de anoche es además signo de fuerza, que en las próximas elecciones quedará suficientemente evidenciado. ¿Qué falta ahora?

Por evolución universal en las costumbres, el gobierno de los pueblos se va convirtiendo en función técnica. No basta al buen político de los tiempos presentes saber levantar los entusiasmos del auditorio en un momento dado, sino que ha de llevar a los espíritus reflexivos el convencimiento de su competencia administrativa. Esta es la labor que han de realizar los liberales en las próximas Cortes, distribuyéndose el trabajo de crítica a que han de consagrarse. Anoche dieron patente prueba de su vitalidad; pero si realizan esta obra, llevarán al país por añadidura la persuasión de su necesidad.

Hay ya organización, programa y plan de conducta. El acto de anoche es además signo de fuerza, que en las próximas elecciones quedará suficientemente evidenciado. ¿Qué falta ahora?

Por evolución universal en las costumbres, el gobierno de los pueblos se va convirtiendo en función técnica. No basta al buen político de los tiempos presentes saber levantar los entusiasmos del auditorio en un momento dado, sino que ha de llevar a los espíritus reflexivos el convencimiento de su competencia administrativa. Esta es la labor que han de realizar los liberales en las próximas Cortes, distribuyéndose el trabajo de crítica a que han de consagrarse. Anoche dieron patente prueba de su vitalidad; pero si realizan esta obra, llevarán al país por añadidura la persuasión de su necesidad.

Hay ya organización, programa y plan de conducta. El acto de anoche es además signo de fuerza, que en las próximas elecciones quedará suficientemente evidenciado. ¿Qué falta ahora?

Por evolución universal en las costumbres, el gobierno de los pueblos se va convirtiendo en función técnica. No basta al buen político de los tiempos presentes saber levantar los entusiasmos del auditorio en un momento dado, sino que ha de llevar a los espíritus reflexivos el convencimiento de su competencia administrativa. Esta es la labor que han de realizar los liberales en las próximas Cortes, distribuyéndose el trabajo de crítica a que han de consagrarse. Anoche dieron patente prueba de su vitalidad; pero si realizan esta obra, llevarán al país por añadidura la persuasión de su necesidad.

This image shows a blank, aged, light brown page, likely an endpaper or flyleaf of a book. The paper has a textured, slightly mottled appearance with some creases and discoloration, characteristic of old paper. The left edge of the page is bound, and the overall tone is a warm, yellowish-brown.

